DIA DEL IDIOMA E
INCORPORACION DEL ACADEMICO
DON ENRIQUE PEÑA BARRENECHEA

(Sesión Pública del 23 de abril de 1986)

PALABRAS DEL DIRECTOR DE LA ACADEMIA
DON AUGUSTO TAMAYO VARGAS

Antes de presentar al conferencista de hoy, el destacado maestro universitario y Miembro de esta Academia Peruana de la Lengua, don José Luis Rivarola, debo —en ceremonia irregular pero no por eso menos importante— recibir como Académico de Número a don Enrique Peña Barrenechea, quien ha sido elegido para tal sillón por unanimidad de votos en la última reunión de nuestra Corporación.

Enrique Peña Barrenechea, nacido en 1904, es uno de los más altos valores de la poesía peruana contemporánea. Pertenece a ese grupo extraordinario de Oquendo de Amat, Martín Adán, Xavier Abril. Entre ellos destacó por su tono sentimental. Ni las formas de vanguardia que utilizó ni su búsqueda de una nueva manera de entender el romanticismo, eliminaron su originalidad y la calidad de poeta entre la sensibilidad y el sueño. Se acerca a un neosimbolismo pero a través de una actitud tierna —con finura infantil en algu-

nos casos que parece reflejar influencias de José María Eguren—. Dentro de esas notas se aprecia también el influjo de una sensibilidad propensa a la herida, con transparente emoción. Sus libros *El aroma en la sombra* (1926), *Cinema de los sentidos puros* (1931), *Elegía a Becquer* y *Retorno a la sombra* (1936) señalan su etapa fundamental. *Zona de angustia* es una posterior producción en la que conservó sus principales notas de exquisitez y finura. Poesía cristalina la suya, donde los colores y los animales pequeños son motivos de nuevas fantasías. Y la distancia, el mar y la muerte, de una sedosa tristeza. El recuerdo de Eguren está tamizado por la lectura de la formal perfección de Salinas; o mejor dicho, trasbordado a una nueva hora o estación poética. Muchas veces el poeta se mantiene en tono tradicional; en otras avanza hacia la poesía libre de las corrientes de vanguardia. En 1977 se publicó su *Obra Poética*, que contiene la mayor parte de sus poesías creadas en cincuenta años de actividad literaria.

En 1924, Enrique Peña Barrenechea obtuvo la Rosa de Oro de los Juegos Florales convocados por la Federación de Estudiantes del Perú. En 1926 alcanzó el Primer Premio de un Concurso organizado por la Universidad Católica del Perú.

Doctor en Literatura, fue profesor universitario en la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Como Diplomático llegó al rango de Embajador, habiendo representado al Perú en Africa Occidental, en Suecia y en Noruega. Presidió en París la Delegación Extraordinaria del Perú a la XII Asamblea General de la Unesco.

Fue elegido Académico Correspondiente de la Academia Peruana de la Lengua por residir en París. A su vuelta y ante la sensible pérdida del gran poeta peruano Martín Adán, Enrique Peña ha sido elegido para ocupar tan importante vacante.

Vamos a leer una pequeña selección de los poemas de Enrique Peña Barrenechea, como fórmula para su incorporación a la Academia ya que se halla postrado en clínica de Lima.

Veamos, por ejemplo, de *El aroma en la sombra*:

... Y una noche hermanas, cuando estén leyendo
mis versos, acaso veréis una sombra...

Se abrazarán todas, caerán de rodillas
mudas por el pánico. "¡ Ah ¿por qué teméis?"
os dirá la sombra y en la voz, hermanas,
al hermano ido reconoceréis...!

En empeño inútil de querer palparla,
¡cómo vuestras manos se habrán de agitar!
media hora, hermanas, una hora hermanas,
quedaréis llorando sin poder hablar.

La sombra que visteis estará ya lejos,
mil millas... mil millas adentro del mar!

El apego a un ritmo claro de antigua canción puede verse en "Camino del hombre", de *Elegía a Becquer* y *Retorno a la Sombra*:

Yo no podía saber
si era tu cielo o el mío,
si era tu sueño o mi sueño,
mi delirio o tu delirio.

Sobre el agua una luz ancha
era a modo de un camino,
y sobre la luz un barco,
y sobre el barco un destino.

¡Jardín del aire, jardín
iluminado y sombrío;
lluvia azul que del paisaje
era así como su espíritu! . . .

Yo no podía saber
si el mar era el mar, si digo
que era el mar, el mar no era,
y, si no era, era el mar mismo.

¿Cuánto tiempo estuvo el sueño
de otro sueño suspendido?
Azucenita del aire,
lámpara sobre el abismo! . . .

Yo no podía saber
si era tu sueño o el mío.
Hombre que elige su ruta
tiene que andar su camino.

Al mismo tiempo la fantasía que se nutre de los sueños
dentro de un lampo del surrealismo:

Yo conocí al rey dorado de las cítaras, aquel que
tenía una preciosa barba de azucenas y hechizó
la ceguera del mirlo.

He estado mil siglos en el laboratorio de los
sueños y sé que de la reacción de la noche y
mis sienes, nacen los ojos, la flor, la línea.

Vais a estar engañados. Hasta qué punto vais a
estar engañados.

Entonces ni la misma alegría de los animales
extraños. ¡Ah la gorgona enlucrada que puede
modelar mi cuerpo como una flor tremenda!

Forzar la soledad. Sorber en bruta soledad el
último rezago de aire.

Dos pinceladas de poesía son éstas. Una de su primera época:

Cuando tú vuelvas
deshojaré las rosas de mi huerto
para alfombrar de pétalos la estancia.

Cuando tú vuelvas
vendrá una golondrina
y en los cristales batirá sus alas.

Cuando tú vuelvas,
una luz nunca vista
sonreirá en la lámpara.

Otra, en el Brasil, titulada "Ipanema":

Tan dorado el pez lucía
en la redoma azulada
que más que pez parecía
un astro que navegaba.

Y el mundo del ensueño unido a la palabra poética
está en este breve verso que nos dedicara:

Has estado siguiéndome en la noche.
He estado siguiéndote en la noche.
Esta palabra mía va cerrándose en flor,
va apretándose en flor para la noche.
En el país brumoso de una lágrima,
dialogando tu olvido y mi presencia,
tu presencia y mi olvido.

Para finalizar esta presentación de Enrique Peña estará su poema dedicado a José María Eguren, maestro en ese mundo de la imaginería:

Ahora ya definitivamente
en tu paisaje estás de maravilla
en donde grutas de topacios manan
para tu asombro linfas cristalinas.

A despertarte al alba de azucena
irá una mariposa nunca vista
y regará sobre tus manos pálidas
polvo de luna, claridad divina.

Por los bosques del cielo irá tu alma
oyendo las canciones presentidas,
y en el árbol azul de las luciérnagas
ha de brotar la flor de tu sonrisa.

Mirlos de nieve llorarán tu ausencia
en la dorada noche cabalística
en la que vuelan rosas de la luna
a los lechos de vírgenes dormidas.

Tú ya de nuevo en tu paisaje etéreo,
reincorporado entre tus golondrinas.
A los dolientes navegantes, dime,
¿qué signo harán tus diáfnas pupilas?